

Pero la cuba está llena, y de esa mezcla nacen compuestos poderosos que aún no había conocido ninguna edad.

IV

Porque en la mezcla hay un fermento eficaz: el sentimiento poético que agita y anima la erudición enorme, que se resiste á atenerse á los secos catálogos, que, interpretando cada hecho, cada objeto, desentraña ó adivina en él un alma misteriosa, y conmueve al hombre entero representándole como un grandioso enigma el mundo que se agita en él y fuera de él. Figurémonos un espíritu pariente del de Shakespeare, con la diferencia de que, en vez de ser actor y poeta, se ha hecho erudito y observador, de que en vez de crear, se afana en comprender, pero que, como Shakespeare, se aplica á las cosas vivas, penetra su estructura íntima, se posesiona de sus leyes reales, imprime apasionada y escrupulosamente en sí mismo los menores lineamientos de su figura, y á la vez proyecta más allá la observación positiva sus penetrantes adivinaciones, entrevé tras las apariencias sensibles no sé qué oscuro y sublime mundo, y se estremece con una especie de veneración ante la gran negrura vaga y poblada en cuya superficie tiembla nuestro pequeño universo. Tal es sir Tomás Browne, naturalista, filósofo, erudito, médico y moralista, casi el último de la generación que pro-

dujo á Jeremías Taylor y á Shakespeare. No hay pensador que mejor manifieste la flotante é inventiva curiosidad del siglo. No hay escritor que mejor haya revelado la espléndida y sombría imaginación del Norte. Nadie ha hablado con sentimiento más elocuente de la muerte, de la enorme noche del olvido, de la sumersión en que todo zozobra, de la vanidad humana que, con gloria y piedras esculpidas, trata de fabricarse una efímera inmortalidad. Nadie ha puesto de manifiesto, con expresiones más brillantes y originales, la savia poética que circula en todos los espíritus del siglo. «El injusto olvido, dice, sacude ciegamente sus adormideras, y trata la memoria de los hombres sin distinguir entre sus derechos á la inmortalidad. ¿Quién no se compadece del fundador de las pirámides? Eróstrato vive por haber destruido el templo de Delfos, y el que le edificó permanece casi ignorado. El tiempo respetó el epitafio del caballo de Adriano y aniquiló el suyo... Todo es locura, vanidad alimentada de viento. Las momias egipcias, que Cambises y el tiempo respetaron, ahora son presas de manos rapaces. Mizraim cura las heridas, y Faraón es vendido por fabricar bálsamo... La mayoría debe contentarse con ser como si no hubiese existido y subsistir en el libro de Dios, no en la memoria de los hombres. Veintisiete nombres forman toda la historia de los tiempos que preceden al diluvio, y todos los nombres conservados hasta hoy no constituyen en junto un solo siglo de vivos. El número de muertos excede con mucho á cuanto vive; lo que ha vivido el mundo supera con mucho á lo que le queda por vivir, y cada hora aumenta ese número creciente que apenas se detiene un solo momento... Por otra parte, el olvido arrebató á la memoria una gran parte de nues-

tro ser, aun durante la vida; recordamos débilmente nuestras bonanzas, y las aflicciones más punzantes sólo nos dejan efímeras cicatrices. La sensibilidad no soporta nada extremo, y las penas nos destruyen ó se destruyen... Ignoramos nuestros males futuros y olvidamos nuestros males pasados, por una previsión misericordiosa de la naturaleza, que así nos permite digerir nuestra mezcla de cortos y malos días, y que, librando á nuestros sentidos de lacerantes recuerdos, deja á nuestras sangrientas llagas tiempo de cerrarse y de curarse.» De modo que por todas partes nos rodea y estrecha la muerte. «Es la Lucina de la vida, y puesto que el sueño, su hermano, nos asedia diariamente con sus fúnebres avisos, puesto que el tiempo, que envejece de suyo, nos veda esperar una gran duración, la diuturnidad es un sueño y una loca esperanza.»

He ahí palabras casi de poeta, y esa imaginación de poeta es precisamente la que le impulsa hacia adelante en el dominio científico (1). En presencia de las producciones naturales, se agolpan en su mente las conjeturas y las asociaciones; palpa en derredor, proponiendo explicaciones, ensayando experimentos, extendiendo sus adivinaciones como otras tantas antenas flexibles y temblorosas á los cuatro puntos del universo, á las más lejanas regiones de la fantasía y de la verdad. Mirando las costras arborescentes y foliáceas que se forman en la superficie de los licores cuando se congelan, se pregunta si no es una resurrección de las esencias vegetales disueltas en el líquido. A la vista de la sangre ó de la leche cuando se

(1) Consúltese Milsand, estudio sobre sir Tomás Browne, *Revue des Deux-Mondes*, 1858.

cuajan, inquiera si no hay allí algo análogo á la formación del ave en el huevo ó á esa coagulación del caos que produjo nuestro mundo. En presencia de la fuerza impalpable que congela los líquidos, se pregunta si las apoplejías y las cataratas no son obra de un poder semejante y no indican también la presencia de un espíritu congelador. Es como un artista ante la naturaleza, como un escritor en presencia de una cara viva, que nota cada facción y cada movimiento fisiológico para llegar á adivinar las pasiones y el carácter íntimo, que corrige y desecha sin cesar sus interpretaciones, agitado por la idea de las fuerzas invisibles que obran bajo la envoltura visible. Toda la Edad Media y la antigüedad, con sus teorías y sus imaginaciones, platonismo, cábala, teología cristiana, formas sustanciales de Aristóteles, formas específicas de la alquimia, todas las especulaciones humanas, complicadas y transformadas unas en otras, se encuentran á la vez en su cabeza para abrirle vistas á ese mundo desconocido. El cúmulo, el hacinamiento, la confusión, la fermentación y la ebullición interior envuelta en vapores y surcada de relámpagos, la obstrucción tumultuosa de su imaginación y de su espíritu, le oprimen y agitan. Su curiosidad, sobreexcitada por la expectación y la emoción, á todo se aferra: á propósito del hecho más insignificante, de lo más especial, de lo más arcaico, de lo más quimérico, concibe una serie complicada de investigaciones, calculando cómo el arca pudo contener todas las criaturas con su provisión de alimentos; cómo dispuso Perpenna á los invitados en su festín, para poder herir á Sertorio, su huésped; qué árboles pudieron crecer á orillas del Aqueronte, suponiendo que los hubiese; si las plantaciones al tresbolillo no tienen su origen en el paraíso

terrenal, y si los números y las figuras geométricas contenidas en el losange no se encuentran en todos los productos de la naturaleza y del arte. Se descubren aquí la exuberancia y los extraños caprichos de una vegetación interior demasiado extensa y vigorosa. Arqueología, química, historia, naturaleza, no hay nada que no le interese hasta la pasión, que no haga desbordarse su memoria y su inventiva, que no despierte en él la idea de alguna fuerza, seguramente admirable, quizá infinita. Pero lo que acaba de pintarle, y lo que anuncia la aproximación de la ciencia es que su imaginación se contrapesa á sí propia. Es tan fecunda en dudas como en explicaciones. Si ve las mil razones que impelen en un sentido, ve también las mil razones que inclinan al contrario. En los dos extremos del mismo hecho amontona hasta las nubes, pero en pilas iguales, la masa de los argumentos contradictorios. Hecha la conjetura, sabe que no es más que una conjetura; se detiene, acaba por un *quizá*, y aconseja la comprobación. Sus escritos no son más que opiniones dadas como opiniones; aun el principal es una refutación de los errores populares. En resumen: formula cuestiones, sugiere explicaciones y suspende las respuestas. Nada más, y es bastante. Cuando la investigación es tan ardiente, cuando recorre vías tan múltiples, cuando procede de una manera tan escrupulosa, el éxito es seguro: se está á dos pasos de la verdad.

V

En ese cortejo de eruditos, de soñadores y de investigadores, aparece el más comprensivo, el más sensato, el más innovador de los espíritus del siglo, Francisco Bacon: espíritu amplio y brillante, uno de los más bellos de esa generación poética, y que, como sus antecesores, se sintió inclinado naturalmente á envolver sus ideas en el más magnífico atavío; en esa edad no parecía completo un pensamiento sino cuando había tomado un cuerpo y un color. Pero lo que distingue á éste de los otros es que en él la imagen no hace más que concentrar la meditación. Ha reflexionado largamente, ha grabado en sí mismo todas las partes y conexiones de su asunto, le posee; y entonces, en vez de exponer esa concepción tan nutrida en una serie de razonamientos graduados, la encierra en una comparación tan expresiva, tan exacta, tan transparente, que al través de la figura se ven todos los pormenores de la idea, como un licor en un vaso de cristal fino. Júzguese de su estilo por un solo ejemplo: «Así como el agua, ora provenga del rocío del cielo ó de los manantiales de la tierra, se desparrama y pierde en el suelo, á menos de recogerse en algún receptáculo donde por su unión pueda conservarse y mantenerse, y por esa razón la industria del hombre ha ideado y construido pilas, cañerías, cisternas y estanques, que los hombres asimismo acostumbran á

adornar y embellecer, atendiendo á la pompa y magnificencia al par que á la utilidad y á la necesidad; así también el saber, ora descienda de la inspiración divina ó brote de la observación humana, perecería y se desvanecería en el olvido, si no se conservase en libros, en conferencias y en sitios como las universidades, colegios y escuelas, destinados á su recepción y fomento.» De ese modo piensa: por símbolos, no por análisis; en vez de explicar su idea, la *transporta* y la traduce, y la traduce íntegra, hasta en sus mínimos pormenores, encerrándola toda en la majestad de un período grandioso ó en la brevedad de una sentencia enérgica. De ahí un estilo (1) de una riqueza, de una gravedad y una fuerza admirables, ya solemne y simétrico, ya preciso y sutil, siempre esmerado y coloreado. No hay nada superior á su dicción en la prosa inglesa.

De ahí también su manera de concebir las cosas. No es un dialéctico como Hobbes ó Descartes, un hombre hábil en alinear las ideas, en sacar las unas de las otras, en conducir al lector de lo simple á lo compuesto por toda la serie de los intermediarios. Es un productor de *concepciones* y de *sentencias*. Explorado el asunto, nos dice: «Es tal; no toquéis á él por este lado; hay que abordarle por este otro.» Nada más. Ninguna prueba, ningún esfuerzo por convencer; afirma, y con eso se satisface; piensa á la manera de los artistas y de los poetas, y habla al modo de los profetas y de los adivinos. *Cogitata et visa*: este título de uno de sus libros podría ser el título de todas sus obras. La más admirable, el *Novum Organum*, es una serie de aforismos, especies de decretos científicos,

(1) Véase sobre todo los *Ensayos*.

como de un oráculo que prevé el porvenir y revela la verdad. Y para que la semejanza sea completa, los expresa en figuras poéticas, en abreviaturas enigmáticas, casi en versos sibilinos: *Idola specûs*, *Idola tribûs*, *Idola fori*, *Idola theatri*, todo el mundo recuerda esos nombres extraños que designan las cuatro especies de ilusiones á que el hombre se halla sometido (1). No hay en Shakespeare y en los videntes condensaciones de pensamientos más enérgicas, más expresivas, que mejor se asemejen á la inspiración; y en Bacon las hay análogas por todas partes. En suma: su procedimiento es el de los creadores, no la argumentación, sino la *intuición*. Después de hacer su provisión de hechos, lo más vasta posible, sobre alguna materia inmensa, sobre alguna provincia entera del espíritu, sobre toda la filosofía anterior, sobre el estado general de las ciencias, sobre el poder y los límites de la razón humana, arroja sobre todo eso una ojeada de conjunto como una gran red, saca una idea universal, encierra su idea en una máxima, y nos la entrega, diciendo: «Comprobad y aprovechaos.»

VI

Nada más arriesgado, más expuesto á la pura fantasía, que ese modo de pensar, cuando no tiene por

(1) V. también en el *Novum Organum*, lib. I y II, los veintisiete géneros de ejemplos, con sus nombres metafóricos. *Instantiae crucis*, *divortii januae*, *Instantiae innuences*, *polychrestae*, *magicae*, etc. Véase, además, *Las Geórgicas del espíritu*, *La Primera vendimia de la inducción* y otros títulos semejantes.